

EL SÉPTIMO CÍRCULO

MIEDO A LA MUERTE

POR
ANNA M. WELLS



U.S. Adams, director del Liberal Weekly, mata al propietario de ese periódico, Lyle Duquesne, tirándolo por una ventana, en la esquina de la Quinta Avenida y la calle 44. La policía opina que se trata de un suicidio. El criminal puede sentirse seguro; pero la mujer del muerto Lila Duquesne, sospecha que no todo ha sido explicado. Así comienza el lento desarrollo del terror de ser descubierto; al señor Adams le parece que, gradual e inexorablemente, todas las miradas le acusan.

EL SÉPTIMO CÍRCULO

COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES

NOTICIA

Anna Mary Wells nació en Nueva Jersey y se educó en Mount Holyoke College. Dedicada desde temprana edad a las letras, sus colaboraciones han aparecido regularmente en *The New Yorker*, *Woman's Home Companion*, *Atlantic Monthly* y otras importantes revistas estadounidenses. *Miedo a la muerte*, la última producción de su pluma, fue recibida entusiastamente por el público y la prensa de su país.

CAPÍTULO PRIMERO

DESPUÉS, lo que siempre le costó más comprender a Sam Adams fue la endeble línea que separa a los asesinos de la gente común. Un instante era el buen Tío Sam, un hombre blando e inofensivo, más bien propenso a rodar ante el puñetazo que a devolver el golpe, recibiendo una paliza oral de Lyle Duquesne, más amarga que las anteriores, pero no muy distinta, y el instante siguiente era un asesino con los ojos clavados en el cuerpo que caía a la Quinta Avenida. Era un asesino, suponía, aun antes de que el cuerpo chocara. El empujón lo convirtió en asesino, no el nauseabundo espectáculo y el ruido que lo siguió. Ésa era una delicada cuestión filosófica y se sentía más bien orgulloso de sí mismo por haber pensado en ello en un momento así.

No tenía mucho tiempo que perder en delicadas cuestiones filosóficas; el problema de salvar su propio pellejo se tornaba urgente. Sam Adams se acordó de echarse hacia atrás apartándose de la ventana antes que la gente mirara hacia arriba. Había estado solo con Lyle en la oficina de Lyle y, aun cuando no tenía la intención de asesinarlo, se había tomado el trabajo de entrar sin que lo vieran. Pero no podía decirse cuántas personas podrían haberlos visto a los dos desde el edificio de enfrente cuando salieron al balconcito con su balaustrada de piedra absurdamente baja. ¿Cuánto tiempo permanecieron allí esperando ver salir del edificio a la señora de Lyle Duquesne y al hombre que la acompañaba? ¿Treinta segundos? ¿Un minuto? ¿Dos minutos? Lyle se había apoyado en la balaustrada, mirando ha-

cia abajo, esperando, mientras lanzaba a Sam Adams los intolerables vituperios que sellaron su destino.

Sam se metió dentro de la gran oficina cuadrada, vacía, antes que el cuerpo diera contra el suelo, pero oyó el impacto y los gritos. Los gritos provenían de los transeúntes; Lyle Duquesne nunca más emitiría sonido alguno en este mundo. Pero aun sabiendo que no era Lyle, el ruido a Sam le produjo náuseas. Y ahora, cuando necesitaba más que nunca mantenerse sereno, se sintió dominado por el pánico, aunque le pareció que durante un largo rato se había conducido con un dominio de sí mismo y una calma ejemplares. Extendió el brazo para cerrar la ventana pero en seguida retiró la mano. La ventana debía encontrarse abierta para que pareciera un suicidio.

Se sintió terriblemente descompuesto y atravesó apresuradamente la pesada alfombra color verde mar en dirección al pequeño cuarto de baño del rincón. Entró y cerró la puerta tras de sí. Estaba perdiendo el tiempo en vez de preparar su relato; debería volver a su propia oficina antes de que la gente entrara a bandadas para averiguar qué le había ocurrido a Lyle. Pero las tremendas náuseas no le permitían pensar en otra cosa... Entrarían, lo encontrarían allí, sabrían que era un asesino, y ése sería el final del asunto.

Oyó que la puerta de comunicación entre la sala de espera y la oficina de Lyle se abría y se cerraba. Debía ser Virginia Norris, la secretaria, quien entraba. Sam se apoyó contra el lavabo y enjugó el frío sudor de su frente. Entrarían allí y lo cogerían como a una rata en la trampa. ¿Podría decir que estaba loco? Debía de estar loco para haber hecho una cosa semejante.

No se oían más ruidos de ninguna clase. Virginia, o quienquiera que fuese, lo esperaba, en acecho, allí afuera. Sabían que el asesino se encontraba allí, sin otra salida que la que daba a la oficina de Lyle. Lo estaban esperando para prenderlo, pero ignoraban que el asesino era el Tío Sam;

valdría la pena ver sus caras cuando saliera. El dócil, el apacible, el sufrido Tío Sam Adams. Tal vez no pudieran creerlo. Él mismo apenas podía creerlo. Tal vez sería mejor jactarse de ello que negarlo, y entonces podría estar seguro de que nadie lo creería.

Abrió la puerta y entró en la oficina de Lyle. Virginia Norris se hallaba allí, de pie, con una expresión confusa y sorprendida.

—¡Cómo! ¿Señor Adams? —exclamó—. ¿Dónde está el señor Duquesne?

Sam indicó con un gesto la ventana abierta. Ella cruzó en dirección a la misma y miró hacia abajo, y entonces gritó, un grito escalofriante que ocasionó un ruido de pasos apresurados por los corredores. Sam permaneció quieto y esperó a que lo acusaran de asesinato.

Bill Cash fue el primero en aparecer. Entró corriendo por la puerta a la sala de espera que Virginia había dejado abierta. ¡Con qué rapidez, después de la muerte de Lyle, sus empleados perdían el respeto por la sagrada reclusión del director de *The Liberal Weekly*!

Miró hacia abajo y luego tomó a Virginia Norris en sus brazos; ella ocultó el rostro contra su hombro.

“¿Por qué no habrá llorado sobre *mi* hombro?”, pensó Sam Adams. Era un pensamiento sumamente tonto en una emergencia como ésta.

Quentin Poindexter fue el siguiente. Apareció por la puerta que daba a la oficina de Winfield Hame, del lado del edificio situado en la calle Cuarenta y Cuatro, marchó directamente hacia la ventana abierta sobre la Quinta Avenida y echó apenas un vistazo sin dirigir una sola palabra a los demás. Era autoridad responsable reaccionando ante una emergencia. Bien, ya vería. Sam se pasó la mano por la cara como si borrarse una sonrisa socarrona. Esa emergencia podía afectar a Quentin Poindexter más de lo que imaginaba.

Miró la calle, allá abajo, y se dirigió a Sam:

—¿Es Lyle ése?

Antes que Sam pudiese contestar, una mujer gritó en la habitación contigua y la gente entró en tropel. Karl Findlay se encontraba en la delantera, con su habitual aspecto rudo y desaliñado. “¡Qué suerte para él”, pensó Sam, “que no haya sido el primero en entrar!” Si se tratara de un concurso de declaraciones juradas y Ulysses S. Adams y Karl Findlay juraran haber entrado en la habitación y haber encontrado al otro ya allí, Sam sabía a quién creerían. Por supuesto, no hubiera cometido la felonía de arrojar sobre Karl, por más que le disgustara, una sospecha de asesinato. De todas maneras, era una suerte.

Winfield Hame se encontraba en medio del gentío. Sam no comprendía cómo podía haber llegado tan pronto. ¿Era pronto? Había perdido el sentido del tiempo. Todos los empleados de la sección de redacción estaban llegando, las mecanógrafas, los mandaderos, gente que nunca había pisado el despacho del director de *The Liberal Weekly*.

Pero todos hablaban de suicidio; aparentemente ninguno pensó en un asesinato. Cuando la policía y los periodistas empezaron a llenar el cuarto, aún no se hablaba de asesinato.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Segundos? ¿Minutos? ¿Horas? Lyle Duquesne estaba muerto y en medio de la confusión la gente formulaba y contestaba preguntas sobre su suicidio. Virginia ni siquiera mencionó el hecho de que Sam había entrado en la habitación desde el lavabo y no por una de las otras dos puertas.

La policía no sabía dónde empezar con sus preguntas ni cuáles de las personas que merodeaban por allí eran ajenas al caso y debían ser enviadas afuera. Winfield Hame y Quentin Poindexter discutían acaloradamente cuál de los dos debería hacerse cargo de las cosas. Win, como segundo de Lyle, tenía tendencia a ser brusco con la policía, pero Quentin prodigaba todo su encanto juvenil. El suyo era sin duda el mejor método, pensó Sam, pero no le iba a hacer

ningún bien. Sam sabía quién iba a ser el nuevo director de *The Liberal Weekly*, y eso era más de lo que ninguno de los otros dos sabía. Todo iba a resultar bien; Sam no perdía nada con callarse la boca y esperar los acontecimientos.

—Oigan —bramó uno de los policías, con una voz que llenó la espaciosa habitación. Nadie, salvo Lyle Duquesne, había podido hablar allí de esa manera—. Quiero que todos salgan de aquí, excepto las personas que puedan proporcionarme alguna información. Vuelvan a sus tareas, cada uno de ustedes; más tarde les hablaré. Ahora, para empezar, ¿alguno lo vio cuando saltó?

Hubo un silencio en la habitación; no se levantó ni una sola voz acusadora.

—¿Quién fue el primero en llegar?

—Fui yo —dijo Adams. Su voz sonaba perfectamente tranquila.

—Eso es —dijo Quentin Poindexter—. Usted se encontraba justamente delante de mí, Sam.

¿Qué estaba tramando? ¿Acaso suponía que necesitaría que Sam mintiera por él y le ofrecía esa innecesaria mentira como un convenio de mala ley? ¿Qué había estado haciendo que necesitaba ocultar? ¿Sospechaba algo? ¿O podría pensar que realmente lo había visto a Sam? ¿Una equivocación sincera, un gesto generoso o falso? No había manera de saberlo, y el policía no le dio tiempo para seguir pensando.

—Usted fue el primero que entró después de él —dijo—. Luego usted. —Apuntó a Poindexter con su grueso dedo índice—. Muy bien, afuera todos los demás.

—Sugiero —dijo Winfield Hame— que me retenga también. El señor Poindexter, el señor Adams y yo somos los jefes de redacción... los jefes de redacción *sobrevivientes* de *The Liberal Weekly*. Y la señorita Norris es... era... la secretaria del señor Duquesne. Su escritorio se halla en la sala de espera y ella debería saber quién estuvo esta tarde en la

oficina. Creo que entre nosotros cuatro podemos decirle cuanto haya que decir.

“¡Tiene razón, maldito sea!”, pensó Adams. “Podemos, pero ¿lo haremos?” El asunto empezaba a divertirle.

—Está bien —dijo el policía—. Todos afuera excepto usted, usted, usted, y la señorita Norris.

“Impresionable”, pensó Sam. “Recuerda el nombre de la muchacha, pero no los nuestros. No tenía miedo de lo que pudiese decir Virginia, ¿o sí tenía?”

Los periodistas protestaron a gritos al ser expulsados. De dónde habrían venido tan rápido, se preguntó Sam. ¡Y tantos! El de Lyle Duquesne era un nombre famoso, naturalmente, pero aun así uno no habría supuesto que la mitad de los periodistas de Nueva York se congregarían en su oficina a escasos minutos de su muerte. ¿Cuántos minutos? Sam no tenía idea. Y ninguno de aquellos brillantes jóvenes tenía la menor idea de lo que realmente había sucedido. Ni la tendrían jamás. ¡Había triunfado! U. S. Adams, el constantemente preocupado, el cobarde (era lo bastante valiente como para usar el término al pensar en sí mismo), había cometido un asesinato, ¡y lo había hecho sin que lo descubrieran! Por un instante ansió locamente decírselo a alguien. Nadie lo sabría jamás, nadie excepto Lyle Duquesne. Pero Lyle había vivido lo suficiente después del empujón para comprender qué le ocurría y quién era el culpable. Ése era otro grato pensamiento; Lyle sabía. Si existía tal cosa como la supervivencia después de la muerte, Lyle lo seguía sabiendo.

—En cuanto tenga un informe les avisaré —decía el policía a los periodistas, con paciencia forzada—. Por Dios, ni siquiera ha sido identificado aún. Por todo lo que yo sé puede no ser Lyle Duquesne.

—¡Válgame Dios! —exclamó Sam—. ¿Alguien debe hacer eso?

Winfield Hame hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Uno de nosotros —dijo—. No podemos permitir que se lo pidan a Lila.

—¿Dónde está Lila?

Había malicia en la pregunta: Sam lo sabía y Winfield lo sabría. ¿Pero su voz lo delataba?

—Ella se fue justamente antes del... del accidente —dijo Virginia Norris.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? ¿Quién es Lila?

—La esposa de Lyle Duquesne —dijo Winfield Hame—. ¿Estaba aquí?

“Ya lo creo que estaba aquí, ¿y quién mejor que usted lo sabe?”, pensó Sam. Debía cuidarse de tales pensamientos, pensamientos claramente formados con palabras. Suponía que podría tener confianza en sí mismo y no hablar en voz alta, pero en adelante debería ser más cuidadoso que nunca.

—Aclaremos esto —dijo el policía—. La señora de Lyle Duquesne se llama Lila, ¿o no entendí bien?^[1]

—Claro está que se llama Lila —lanzó Winfield—. Es una famosa estrella de comedia musical. Supongo que usted debe haber oído hablar de ella, aunque no sepa nada sobre él.

—Está bien, de manera que es una famosa estrella de comedia musical. Se llama Lila y él se llamaba Lyle. Y ella estuvo aquí esta tarde. ¿Cuánto tiempo antes de la muerte se fue ella, señorita Norris?

—Oh, diez minutos posiblemente. Es difícil decirlo. Estoy aturdida; creo que se fue unos diez minutos antes.

—¿Cuánto tiempo estuvo aquí, antes de eso?

—Estuvo en la oficina del señor Duquesne durante una media hora.

—¿Estaban riñendo?

—De ninguna manera. Quiero decir que no podía oír lo que pasaba en la oficina del señor Duquesne, naturalmente, pero nunca reñían. Quiero decir que ella sonreía cuando salió. Se detuvo en la puerta y dijo: “Adiós, querido.”

—¿Él no vino hasta la puerta para mantenerla abierta mientras ella salía?

—No... no, no lo creo; no, no lo hizo.

—¿Cómo sabe usted que ella no lo empujó hacia afuera y luego permaneció parada allí, junto a la puerta, diciendo "adiós, querido" para engañarla a usted? ¿Lo oyó a él decir "adiós, querida"?

"Ahora viene", pensó Sam. "Ésta es la buena. Pero qué gracia me hace que el policía pensara en Lila antes que en mí."

—No. No, no lo oí. Pero ella... No sucedió hasta un largo rato después.

—Usted no sabe cuándo fue, ¿eh? ¿Sabe usted cuándo cayó desde la ventana?

—Oí el tumulto abajo, en la calle. Entonces golpeé, y como no contestó inmediatamente no estaba segura... Esperé un minuto o dos antes de entrar. Pero cuando miré hacia abajo él estaba todavía... no habían hecho nada aún. Estoy segura de que acababa de caer. Y la señora de Duquesne ya se había ido, oh, varios minutos antes.

—Yo estoy completamente seguro de que la señora de Duquesne ya se había alejado del edificio cuando ocurrió, oficial —dijo Winfield Hame con su manera más autoritaria—. Cuando usted hable con ella podrá descubrir si se dijo algo que justifique lo que hizo Lyle. Pero mientras tanto deberíamos demostrar alguna consideración por el buen nombre de una dama.

—Ah, usted está seguro, ¿eh? —dijo el policía—. ¿Qué sabe usted del asunto?

—El señor Duquesne era el propietario y director de *The Liberal Weekly*. Yo soy su secretario general, y conozco bien a la señora de Duquesne. ¿Responde esto a su pregunta?

"Va a salirse con la suya", pensó Sam con resentimiento. "Quiere demostrar su importancia al departamento de poli-

cía de Nueva York, y va a conseguir con ellos el mismo resultado que conmigo.”

—Creo que podemos dejar que la señora de Duquesne hable por sí misma —dijo el oficial—. Tengo la impresión de que ella podría explicar algunas cosas. Muy bien, ahora, usted es el secretario general, ¿señor...?

—Hame. Winfield Hame.

—¿Y el hombre que llegó aquí primero?

—Ulysses S. Adams, nuestro administrador —respondió Hame, con cierta oficiosidad, según pensó Sam.

—Muy bien, señor Adams, oigamos primero su relato.

—¡Cómo no! —dijo Sam—. Mi oficina se encuentra de aquel lado del edificio —señaló con un movimiento de cabeza la puerta que daba a las demás oficinas de los secretarios de redacción. El oficial se dirigió hacia ella con grandes trancos y la abrió. La oficina de Lyle Duquesne era cuadrada, con ventanas sobre la Quinta Avenida y la calle Cuarenta y Cuatro. A lo largo del lado del edificio que daba sobre la calle Cuarenta y Cuatro estaban las tres oficinas de los secretarios de redacción; todas ellas comunicadas entre sí, de manera que Winfield Hame, Quentin Poindexter, Ulysses Adams o, teóricamente, quienquiera que se encontrara casualmente en una de esas oficinas, podía entrar en la de Lyle Duquesne sin pasar por el salón de recepción, que daba a la Quinta Avenida. En lugar de poseer salas de espera separadas, las tres oficinas daban a un largo salón de conferencias que las separaba del hall público. Como correspondía al secretario general, Hame ocupaba la oficina contigua a la del director. Le seguía la de Quentin Poindexter, y ése era un punto que le ocasionaba a Sam cierta preocupación, ya que la posición de Quentin como gerente comercial, era de la misma importancia que la del propio Sam, si no subalterna. Lyle, sin embargo, había distribuido las oficinas, situando a Sam a la mayor distancia del trono, y Sam debió aceptarla y conformarse.

Con lo que a él le pareció de una brevedad y claridad admirables, explicó al policía la disposición de las oficinas. Estaba hablando llana y fácilmente cuando llegó al punto donde tendría que mentir.

—No estoy seguro de lo que oí —dijo—. Un grito, no estoy seguro. Me pareció que algo no marchaba. Me levanté y abrí la puerta que comunica con la oficina del señor Poindexter; no había nadie allí, de modo que la atravesé dirigiéndome a la del señor Hame. Allí tampoco había nadie. Eso era lo bastante extraño como para hacerme pensar que ocurría algo. Me dirigí rápidamente hacia la oficina del señor Duquesne. Cuando llegué, la ventana estaba abierta y la gente todavía gritaba allá abajo.

—¿Vio usted algo sobre el escritorio?

¡Con qué facilidad había salvado la parte difícil!

—No. El escritorio estaba en orden. Lyle siempre se enorgullecía de mantener su escritorio en orden.

—¿Tiene usted algún motivo para creer que el señor Duquesne pensaba suicidarse?

—Ni el más mínimo. En realidad todavía no puedo creerlo. Lyle era el último hombre en el mundo que hubiera hecho una cosa semejante.

—¿Ninguna depresión, estado de ánimo, dificultades financieras?

Sam se rió. Eso era interesante, descubrir que después de matar a Lyle Duquesne aun podía reír.

—Lyle tenía más dinero que la Bolsa Nacional de Cereales —dijo—. *The Liberal Weekly* era un simple juguete. Gastaba dinero en él sin preocuparse de obtener ganancias.

—¿De veras? —dijo el policía—. Tal vez. Haremos que alguien lo averigüe. ¿Qué se sabe de su vida amorosa?

—Creo que tendrá que preguntar a la señora de Duquesne sobre eso —dijo Sam tiesamente—. En cuanto a estados de ánimo, Lyle fue siempre irritable. Es decir, decía

todo lo que se le ocurría; se encolerizaba y luego se le pasaba. Pero siempre fue así; no era nada reciente.

—¿Hubo algún arrebato hoy?

—No sé. No hablé con él.

—Lyle estuvo de muy buen humor todo el día —anunció Winfield Hame.

—A veces los afecta de esa manera —convino el policía.

Continuó interrogando a Winfield y a Quentin; lo que ellos tenían que manifestar eran, en su mayor parte, corroboraciones de lo que Sam ya había dicho. Sus respuestas daban la impresión de que el cuerpo de redacción de *The Liberal Weekly* era un grupo contento y cooperador, pero los policías deben estar habituados a cierta cantidad de camuflaje de esa naturaleza. Virginia dijo quiénes se hallaban citados para ese día, y cuánto tiempo permanecieron allí; las notas de su cuaderno de citas fueron examinadas para su verificación. Estuvo de acuerdo con Hame en que Lyle Duquesne había demostrado un buen humor excepcional durante todo el día.

“Ni en un mes de domingos adivinaré lo que *ella* está ocultando”, pensó Sam. Y nadie la delataría; hasta ese punto al menos todos eran buenos tipos en *The Liberal*.

—Está bien —dijo el policía, al fin—. Alguien tendrá que venir a identificar los restos. Es decir, a menos que ya hayan dado con la señora de Duquesne y la hayan llevado para que lo haga ella.

—Yo lo haré —dijo Winfield Hame—. No podemos permitirles que se lo pidan a Lila.

—Caramba, ¿lo haría usted, Win? —Ahora, por fin, Sam podía permitir que la voz le temblara un poco—. Creo que yo no sería capaz.

—No hay razón para que lo haga. Uno de nosotros es suficiente para la identificación. Es mejor que salga y beba una copa, Sam; usted admiraba mucho a Lyle.

—Todos lo admirábamos —dijo rápidamente Quentin Poindexter.